

LEY FUNDAMENTAL

VARIOS, *Lex Ecclesiae Fundamentalis*, 1 vol. de VI + 131 págs., «Studia et Documenta Iuris Canonici», VI, «Annali di Dottrina e Giurisprudenza canonica», a cura dell'Arcisodalizio della Curia Romana, ed. Officium Libri Catholici, Roma, 1974.

El «Arcisodalizio della Curia Romana» organizó a lo largo del año 1972 una serie de reuniones culturales sobre temas de Derecho canónico. El presente volumen —tercero de los «Annali di dottrina e giurisprudenza canonica»— recoge las ponencias e intervenciones sobre el tema que da título al libro: la Ley Fundamental de la Iglesia.

La primera ponencia, de Pio Fedele, lleva por título: *Interpretazione teologica del diritto canonico e «Lex Ecclesiae Fundamentalis»*; la segunda, de Jean Beyer, sobre *Droit commun et législations particulières*; la tercera, y última, de Pedro Lombardía, acerca de *Carismas e Iglesia institucional*. A continuación se recoge también el texto de varias intervenciones breves en torno a las ponencias: tres acerca de la del prof. Fedele (Gismondi, Bellini y Leclercq); una sobre la del prof. Lombardía (Fedele) y otra sobre la del prof. Beyer (Fedele).

El volumen va precedido de una presentación de Mons. Angelo di Felice y de una introducción general al problema de una Ley Fundamental de la Iglesia del Decano de la S. Rota Romana, Boleslao Filipiak, que señala, por una parte, su importancia —«l'importanza di una legge fondamentale deriverà non tanto dalla sua posizione primaria per se stessa, quanto dalla sua efficienza strumentale primaria ossia dal massimo servizio, in confronto alle altre norme giuridiche, che essa dovrà prestare al Popolo di Dio» (p. 2)—; y, por otra, su extrema dificultad técnica. Filipiak exhorta y estimula a los canonistas —especialmente a los que «non solo conoscono ma sentono e amano la Chiesa» (p. 7)—, ya que son ellos, justamente, los más indicados para dar adecuadas soluciones a las dificultades técnicas aludidas.

Fedele, tras hacer en su relación un breve balance de las diversas opiniones en torno al proyecto de la LEF, reconduce el tema al supremo principio —nervio de su enseñanza desde hace más de treinta años— de la *salus animarum*, principio que, en opinión del ilustre maestro de la Universidad de Roma, lleva consigo la necesidad de una *interpretación teológica* del Derecho Canónico.

Hace alusión en este contexto a las opiniones expuestas por Lombardía en la mesa redonda que, sobre el tema de la LEF, se celebró en la Universidad de Macerata durante los días 12 y 13 de octubre de 1971 (vid. *Lex Fundamentalis Ecclesiae. Atti della tavola rotonda, Macerata, 12-13, ottobre 1971*, Milano, 1973. Puede consultarse también una amplia recensión de J. A. Marques, en «Ius Canonicum», XIV, 1974, pp. 391 ss.), poniendo de relieve su discrepancia con este

autor; discrepancia que, en nuestra opinión, deriva, claramente, de un distinto enfoque metodológico y gnoseológico del ordenamiento canónico. Para Lombardía, en efecto —como queda de relieve en diversos escritos del autor y, en concreto, en la ponencia más abajo reseñada—, el Derecho canónico tiene un carácter eminentemente histórico y, por ello, siendo el designio divino sobre la Iglesia inmutable, sin embargo, el Derecho divino —de acuerdo con una certera exposición de Hervada— sólo podrá ser considerado Derecho en sentido técnico cuando —mediante una declaración del Magisterio o mediante una toma de conciencia universal a través del *sensus fidei*, por ejemplo— pase a tener una vigencia histórica operativa; o, en otras palabras, cuando un contenido concreto del Derecho divino sea positivado.

Por otra parte —y situados en un orden metodológico—, no se trata de desvalorizar la ciencia teológica, sino de reconocer el propio método científico del Derecho canónico. De ahí la conveniencia de distinguir —siempre en el ámbito propio del Derecho canónico y, por tanto, sin confusiones con el método propio de la ciencia teológica— varios niveles de conocimiento, entre los que se halla un nivel fundamental (previo al científico-técnico), en el que el canonista opera sobre la dimensión de justicia contenida en el misterio de la Iglesia. Sin embargo, esta actividad no es teológica, sino jurídica.

Después de este inciso —que nos parecía obligado para tratar de señalar las razones de la discrepancia entre Fedele y Lombardía— y siguiendo con el texto de la ponencia, el profesor de Roma alude a continuación a los temas que constituirían el núcleo esencial de la LEF: la estructura y la potestad de la Iglesia; los *munera* de la autoridad eclesial y el modo de su ejercicio; los carismas personales; los derechos de los fieles y su tutela. Se detiene brevemente en este último punto, reafirmando —frente a las críticas de que ha sido objeto el Proyecto de LEF por parte de Viladrich, Metz, Lombardía, Giacchi, Vela Sánchez— su conocido punto de vista respecto a la negación de la posibilidad de derechos subjetivos en el ordenamiento canónico, en el que —por virtud del supremo criterio de la *salus animarum*, que hace que se identifiquen el bien común y el bien de cada uno singularmente considerado— debe hablarse no de derechos subjetivos, sino de «intereses ocasionalmente protegidos».

Fedele ve en el Proyecto de LEF —tanto por lo que se refiere a este punto, como en el relativo al tema de la certeza del Derecho— una confirmación de su conocida postura, ardorosa y brillantemente defendida a lo largo de tantos años. «A ben guardare —dice—, tutto il tema del riconoscimento e della tutela dei diritti dei fedeli è collegato con quello della certezza del diritto. Trattandosi di due temi da me particolarmente sudati, ritengo di poter affermare, non senza compiacimento, che ho trovato nel progetto della LEF piena conferma delle mie vedute sia su l'uno sia su l'altro» (p. 22).

Después de ocuparse de los carismas personales; de los **munera Ecclesiae**; primado pontificio; colegialidad episcopal; y dogmática civil, en relación siempre con la LEF, concluye que —independientemente de su viabilidad— es más que dudoso, a su juicio, que la **lex fundamentalis** sea necesaria, útil y —por supuesto— urgente. La cita de Dante con la que acaba su ponencia es realmente significativa: «Avete il novo e 'l vecchio Testamento —E il pastor de la Chiesa che vi guida: —Questo vi basti a vostro salvamento» (p. 32).

De la lectura de la relación de Fedele se deduce una defensa brillante de sus puntos de vista, por lo demás totalmente congruentes con su dilatado magisterio. Con todo, a veces se muestra, a nuestro juicio, algo apasionado. El ilustre profesor, en efecto, recurre, en alguna ocasión, a argumentos contenidos en textos magisteriales para descalificar, con evidente extrapolación, posturas científicas que —en modo alguno— se apartan del núcleo dogmático de la Iglesia. Así, por ejemplo, cuando muestra su desacuerdo con las sugerencias de Souto y Hervada en su crítica al proyecto de LEF, se apoya en que la constitución jerárquica de la Iglesia es inmutable y en que el decreto **Lamentabili** condenó la proposición según la cual «*constitutio organica Ecclesiae non est immutabilis sed societates christiana perpetuae evolutioni, aequae ac societates humana, est obnoxia*» (vid. p. 27). Es obvio que la inmutabilidad de la constitución jerárquica de la Iglesia no ha sido puesta en duda por estos autores, como lo es que, simplemente, se han limitado a sugerir una aplicación y una utilización de técnicas jurídicas actuales —que no son en absoluto incompatibles con la inmutabilidad del principio jerárquico y que, de algún modo, pueden garantizar mejor las exigencias de justicia.

Jean Beyer, en su ponencia sobre Derecho común y legislaciones particulares, después de hacer unas matizaciones de tipo terminológico y de recordar brevemente el **iter del textus emendatus** de la LEF, estudia las relaciones entre Teología y Derecho canónico; entre las leyes particulares y una posible Ley Fundamental; y entre el Derecho común y el Derecho particular, desde la perspectiva de las Iglesias particulares (diócesis) y de otras comunidades eclesiales (parroquias, asociaciones de fieles, etc.). Y concluye:

a) La **Lex Fundamentalis** se presenta como un Derecho que domina a toda otra legislación, de modo que, en este sentido, puede hablarse de que es un **Derecho común**.

b) Por tanto, el Código latino y el oriental —al definir lo que es propio y especial— constituirían **Derechos particulares**.

c) En relación con estas tres primeras legislaciones se sitúa el problema de las **legislaciones más particulares**, es decir, las de las Iglesias particulares y comunidades eclesiales que tienen derecho a un estatuto particular, un Derecho propio, pero que lógicamente, caen bajo el Derecho común, ya que todas

estas comunidades son una manifestación de la Iglesia de Cristo, **Una, Sancta, Catholica y Apostolica**.

d) En las relaciones entre el Derecho común y las legislaciones particulares juegan los principios de subsidiariedad y de unidad. El Derecho común, que define lo esencial, no puede ser supletorio: es preceptivo. Son los Códigos latino y oriental —legislaciones particulares— los que tendrán el carácter de supletorios en relación a los grupos inferiores.

e) La ley fundamental —que, a juicio de Beyer debería tener otra denominación (él ha apuntado la de **Normae generales**)— deberá desempeñar, aparte de la función de legislación común, la de fundamentar el derecho de que gozan las Iglesias particulares y las comunidades eclesiales a tener una legislación particular, adaptada a sus propias exigencias, que se dan a sí mismas.

La ponencia de Pedro Lombardía, sobre «Carismas e Iglesia institucional», se desarrolla en tres puntos fundamentales. En primer lugar, realiza un análisis crítico en torno al planteamiento habitual de la tensión entre derecho canónico y vitalidad carismática; en segundo término, expone cómo debe concebirse, en su opinión, el Derecho canónico, «de modo que sea verdaderamente congruente con el dinamismo que el Espíritu Santo imprime a la Iglesia» (p. 85); y, por último, hace algunas sugerencias —apoyadas, sobre todo, en su total concepción del ordenamiento canónico— acerca de las funciones que puede desempeñar la ley fundamental.

Respecto al primer tema, el prof. Lombardía señala con claridad lo inadecuado que resulta el planteamiento de una tensión entre Derecho canónico e Iglesia de los carismas; o entre los carismas personales y la dimensión institucional y jerárquica de la Iglesia. Siendo éste, por supuesto, un tema claro en el Magisterio de la Iglesia anterior al Vaticano II —Lombardía recuerda a este respecto un pasaje de la Enc. **Mystici Corporis** de Pío XII—, con todo, a juicio del ponente, «lo más significativo de la enseñanza del Vaticano II en relación con el derecho canónico es que también los carismas personales (...) tienen una relevancia jurídica» (p. 88). De ahí que deba decirse no sólo «que la Iglesia es al mismo tiempo carismática e institucional, sino también que los carismas personales tienen una dimensión jurídica» (p. 90).

Con este planteamiento, Lombardía enfoca la segunda parte de su brillante relación, señalando, con vigorosos trazos, que «cualquier intento de ver en los carismas el elemento dinámico de la Iglesia y en el Derecho el elemento estático, difícilmente podrá ser fecundo. Por el contrario, la atenta meditación de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, habrá de llevarnos a concebir el Derecho Canónico como un ordenamiento jurídico eminentemente dinámico» (p. 90).

Para el prof. Lombardía —de acuerdo con las reflexiones que sobre el tema ha hecho Hervada, como él mismo pone de relieve— el Derecho es algo eminentemente histórico. «Por tanto, aunque el designio de

Cristo acerca de su Iglesia sea en sí mismo definitivo e inmutable, sólo puede considerarse Derecho divino positivo —y conviene subrayar el término **positivo**— a medida que, en las distintas etapas de la peregrinación del Pueblo de Dios, se va produciendo la toma de conciencia eclesial de su contenido concreto. ¿Cómo se produce esa toma de conciencia eclesial? Cabalmente, por los mismos medios mediante los que la Iglesia va, en una evolución homogénea, penetrando en el sentido de su propio misterio, y concretamente, en la dimensión de justicia que hay en él; es decir, mediante el magisterio, el progreso legítimo de las ciencias sagradas, la fe viva del pueblo cristiano, etc.» (p. 102). El Derecho canónico es la estructura jurídica de la Iglesia o, en otras palabras, la Iglesia en cuanto que jurídicamente estructurada. Es, en definitiva, un sistema de relaciones jurídicas que, desde un punto de vista estático, se conforma mediante los **elementos** típicos de las relaciones —sujetos, objeto, vínculo— y, desde un punto de vista dinámico —siempre la dinamicidad como una de las notas características del ordenamiento canónico—, mediante los factores (**momentos**) que las crean, modifican o extinguen. ¿Cuáles son estos últimos factores? «No son sólo las normas (legales o consuetudinarias, universales o particulares, con generalidad o singulares) sino también la actividad negocial de los fieles (de poco sirve el diálogo, en relación con la estructuración de la Iglesia, si no se concreta en acuerdos jurídicamente vinculantes), la actividad administrativa de la organización eclesiástica, la jurisprudencia de los tribunales de justicia» (p. 104).

Sobre la base de este planteamiento del ordenamiento canónico, la **lex fundamentalis** cumpliría la función de formalizar la constitución material de la Iglesia —ya existente, como es obvio, puesto que ya está constituida por su Divino Fundador—, mediante la aplicación de la técnica constitucional. Y tendría como características principales: a) Una naturaleza estrictamente jurídica. La ley fundamental no «puede desempeñar la función de presentar una imagen de la Iglesia, fin para el que la técnica legislativa es evidentemente inadecuada» (p. 106). b) Expresaría contenidos no sólo de la constitución divina, sino también de derecho humano. Debería «concretar **iure humano** los instrumentos adecuados para la protección de los derechos y deberes fundamentales de los **christifideles** y establecer las bases de un régimen jurídico del ejercicio del poder eclesiástico, de modo que pueda cumplir los fines para los que la **potestas sacra** fue entregada por Cristo a la Iglesia, evitando al mismo tiempo que pueda ser ejercida de un modo arbitrario, en perjuicio de la libertad de los hijos de Dios» (pp. 106 s.). c) Debería introducir el principio de jerarquía de normas. d) Y concretar la función de los distintos **momentos** del Derecho (normas, actividad administrativa de la organización eclesiástica, jurisprudencia de los tribunales, actividad negocial de los fieles) en la dinámica del ordenamiento canónico.

Como puede fácilmente observarse, la coherente

concepción del prof. Lombardía en torno a la **Lex Ecclesiae Fundamentalis** se mueve en un plano estrictamente técnico-jurídico, relativo «a la formalización del Derecho canónico, con los medios de que dispone la cultura jurídica de nuestro tiempo, y de acuerdo con lo que nos es dado conocer de la constitución material de la Iglesia, de suerte que se atienda a esa gran necesidad de la Iglesia de nuestros días, que yo no dudaría en concretar en una tutela del orden en la libertad» (p. 106).

No es el momento ahora de emitir un juicio de valor sobre las distintas ponencias e intervenciones recogidas en el presente volumen. Lo que al lector interesa, sin duda, es tener noticia de su publicación —que hay que agradecer al «Arcisodalizio della Curia Romana» y a «*Studia et Documenta Iuris Canonici*» del «*Officium libri catholici*»—, porque se trata de un tema de verdadera actualidad y auténtico interés, cara a la problemática que los estudiosos del Derecho canónico tienen planteada.

Baste señalar que, si bien a través de la lectura atenta de las ponencias e intervenciones se observan las lógicas discrepancias doctrinales en torno al modo de concebir una posible ley fundamental, sin embargo se aprecia también con nitidez —aunque con la calificada excepción de Pio Fedele— un denominador común: la formalización técnica del Derecho constitucional de la Iglesia mediante la promulgación de una **Lex Ecclesiae Fundamentalis** cumpliría, sin duda, una función verdaderamente útil y eficaz.

JUAN FORNES

AUTONOMIA PRIVADA

EDUARDO MOLANO, *La autonomía privada en el Ordenamiento canónico. Criterios para su delimitación material y formal*, 1 vol. de 316 págs., Ediciones Universidad de Navarra, S. A., Pamplona, 1974.

La monografía de Eduardo Molano se sitúa entre los estudios que, siguiendo la orientación de los principios doctrinales sobre la Iglesia emanados por el Vaticano II, tratan de determinar y proporcionar los instrumentos técnico-jurídicos adecuados para la actual reforma del Derecho de la Iglesia y el desarrollo futuro de la Ciencia canónica.

El autor —de entre las distintas posibilidades que en este contexto se le ofrecían— ha escogido como tema de su estudio el principio de autonomía, porque —como señala en la Introducción— ha pretendido «la búsqueda de un cauce jurídico adecuado para que la iniciativa privada de los fieles en la Iglesia responda, del mejor modo posible, a las exigencias que la doctri-